

LOS SERMONES DEL SEÑOR

A. CODESAL MARTÍN

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

ISBN: 84-7770-579-8

D.L.: Gr. 1504-2001

Impreso en España

INTRODUCCIÓN

No hay duda de que entre todos los libros, el más importante de todos es la Biblia, porque es el libro de Dios, inspirado por Dios. Pero la Biblia tiene dos partes, que son, el Antiguo y el Nuevo Testamento. De estas dos partes nadie duda de que el Nuevo Testamento es mil veces mejor y más importante que el Antiguo. Por tanto; mientras se lea un solo capítulo del Antiguo Testamento, debiera haberse leído siquiera diez veces todo el Nuevo Testamento.

Pero el Nuevo Testamento no es un libro sólo, sino que son varios grupos de libros: Los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, Las Epístolas de San Pablo, las Epístolas Católicas y el Apocalipsis. Todos estos grupos de libros son muy importantes; pero sobre todos ellos destaca con grandísima diferencia los Evangelios. Por eso el concilio Vaticano II, en la Constitución Dei Verbum 18, dice expresamente: “Nadie ignora que entre todas las Escrituras, incluso del Nuevo Testamento, los Evangelios ocupan, con razón, el lugar preeminente, por ser el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo Encarnado, nuestro Salvador”.

A esta afirmación del concilio, añaden los comentaristas: “La razón de esta particular excelencia de los Evangelios sobre los otros libros, es que nos refieren *la vida y la doctrina de Jesucristo* y son el testimonio más importante de esta vida y de esta doctrina. Y esta vida y esta doctrina es evidente que nos importa mucho, porque, mirada en sí, es la vida y doctrina del Verbo Encarnado, es decir, el mayor personaje de la Historia; y, mirada respecto de nosotros, es la vida y enseñanza de nuestro Salvador”.

Los Evangelios son lo principal, lo más importante y trascendental de toda la Biblia, porque en ellos escuchamos al mismo Dios que nos habla directamente por su Hijo... Y por eso los sermones del Señor, sus discursos y todas sus palabras son de tantísima importancia. Aconsejamos que se deben leer los Evangelios completos, y no una sola vez sino muchas; pero para aquellos que no les gusta leer, y que suelen leer muy poco, les presentamos este librito con los principales sermones de Jesucristo y con sus más importantes sentencias y palabras.

En estos calamitosos tiempos en que nos ha tocado vivir, la libertad de expresión en los

medios de comunicación social, que parece son dirigidos por el mismo diablo, les ha hecho perder a muchísimos la fe en la vida futura, y consideran que nuestra vida con la muerte se termina. Toda la sociedad de hoy, tal como se nos presenta por los medios de comunicación, habla y se comporta, como si realmente creyera que el hombre no es otra cosa que un simple animal racional, que utiliza su razón para vivir mejor en este mundo, pues parece que casi nadie cree que vayamos a tener otra vida después de la muerte.

Los que crean y piensen así, no podrán entender ni comprender el Evangelio, pues para ellos nuestro Señor Jesucristo no fue más que un loco, y su predicación un conjunto de tonterías y disparates, llenos de absurdos contrasentidos y necesidades.

Los que no creen en la vida futura, ¿cómo van a creer que puedan ser felices los pobres, los que pasan hambre, y los que son perseguidos y sufren enfermedades?

Jesucristo nos enseña que para llegar a la felicidad tenemos que abrazar los sufrimientos y huir de los placeres de esta vida. Por eso, los que no crean en la vida futura, no podrán comprender los sermones del Señor.

La verdad fundamental de la religión cristiana, es que después de esta vida corta y calamitosa, con la muerte de nuestro cuerpo, nosotros pasaremos a otra vida que es eterna.

Los hombres somos un compuesto de cuerpo y alma; nuestro cuerpo animal muere y se corrompe; pero nuestra alma es espiritual como los ángeles y no muere, y en el momento de la muerte nos encontraremos vivos como los ángeles en el otro mundo. Si estamos en gracia de Dios, apareceremos con los ángeles y santos delante de Dios, y si estuviéremos en pecado mortal, no veremos a Dios, y seríamos conducidos por los demonios a los infiernos.

Al final de los tiempos, en el día del juicio final, también resucitarán nuestros cuerpos: Los cuerpos de los santos resucitarán gloriosos y espiritualizados, resplandecientes de hermosura, y ligeros como el pensamiento que pueden moverse en un instante de uno a otro extremo del universo.

Y otra de las verdades fundamentales del cristianismo es que aunque todos los hijos de Dios veremos a Dios y estaremos siempre cerca de El, sin embargo, cada uno gozará de una gloria diferente.

Tenemos que comprender que en el cielo también hay ricos y pobres, y que allí cada uno tendrá lo que se haya llevado de aquí, de manera que lo que tenga cuando llegue de este mundo, eso y nada más, será lo que habrá de tener para toda la eternidad. ¡Por eso Jesucristo aconsejaba tanto que traslademos todos nuestros tesoros para el cielo! (Mt. 6, 20; 19, 21; Mc 10, 21; Lc 12, 33; 18, 22).

Debemos tener muy en cuenta que Dios nos ha creado con el único fin de hacernos felices por toda la eternidad; porque desde que nos concibió en su mente, al pensar en nosotros, nos amó como a hijos, y El mismo disfruta más que ningún padre amoroso puede disfrutar viendo la felicidad de sus hijos. Pero por un misterioso atributo de su justicia infinita, ha querido darnos la gloria como premio de nuestras buenas obras; y este es precisamente el fin por el cual hemos venido a este mundo, para luchar contra nuestras pasiones y demás dificultades de la vida, obedeciendo a Dios para así ganar méritos que serán traducidos en aumentos de gracia y de gloria, que serán nuestras riquezas para toda la eternidad.

La Sagrada Escritura lo dice expresamente en innumerables lugares. Citamos algunos por vía de ejemplo:

Yo, el Señor, soy el que escudriño los corazones y examino los afectos, y doy a cada uno la paga segun su proceder, y conforme al mérito de las obras (Jr. 17, 10).

Cada uno recibirá su propio salario en la medida de su trabajo (1 Cor 3, 8).

Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa (Mt 5, 12).

Lo que el hombre sembrare, eso recogerá. No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque si perseveramos, a su tiempo recogeremos el fruto (Gal 6, 8-9).

Es forzoso que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas obras que habrá hecho en este mundo (2 Cor 5, 10).

Bienaventurado el varón que soporta la prueba, porque una vez haya sido probado, recibirá la corona de la vida que Dios tiene prometida a los que le aman (Sant. 1, 13).

Dice el Señor: Mirad que vengo pronto y traigo conmigo mi galardón para recompensar a cada uno según sus obras (Ap. 22, 12).

Es una verdad de fe definida, que las buenas obras echas en gracia de Dios y por amor de Dios, nos merecen aumento de gracia y de gloria para toda la eternidad (D 812).

Pero las buenas obras para que sean meritorias, es necesario que el que las hace esté en gracia de Dios, y que las haga con la recta intención de agradar a Dios.

Las personas que cometan un pecado mortal pierden todos los méritos adquiridos, y mientras permanezcan en pecado no podrán merecer nada bueno. Por eso decía el Apóstol: *“Aunque yo distribuya todos mis bienes entre los pobres, y aunque entregare (por ellos) mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, todo lo dicho no me sirve de nada* (1 Cor 13, 3).

Dirá alguno: ¡Cómo! ¿Es que el que le da todo lo que tiene a los pobres, y hasta se deja quemar por ellos, puede no tener caridad?

Exactamente. El que está en pecado mortal, virtualmente odia a Dios, podrá hacer lo que quiera; pero mientras no se arrepienta de sus pecados y recupere la gracia de Dios, no puede tener caridad.

Una persona atea como un pecador, podrá amar al prójimo y podrá sentir compasión del prójimo, y defender al prójimo como

la fiera salvaje defiende a sus cachorros: también el pecador podrá sacrificarse por el prójimo, pero, mientras no recupere la fe y el amor de Dios, no podrá tener caridad.

Por eso dice el Catecismo Astete: “Las obras buenas hechas por los que están en pecado mortal, no son meritorias, ni son satisfactorias, únicamente son impetratorias, por las cuales se pueden recibir algunos beneficios del Señor”.

Y tampoco son meritorias todas las obras buenas hechas por los que están en gracia de Dios, si no las hacen con la intención de agradar a Dios y por amor de Dios.

Por eso decía Jesucristo que aquellos que daban limosna, no para agradar a Dios, sino para ser alabados de los hombres, ya habían recibido su paga de los hombres (Mt 6, 1-18).

Hay muchos que le dan limosna a los pobres, simplemente porque sienten compasión, o porque le dan pena. Esto no es malo; pero puede no ser una obra de caridad, si el que da la limosna no está en gracia de Dios, o si no lo hace por Dios.

Notemos que nadie puede saber quien está en gracia de Dios, pues aunque no sean cristianos pueden creer que existe un Dios bueno,

al que desean agradar, y si siguen rectamente los dictados de su conciencia, pueden agradecerle y recibir su gracia.

Hoy se predica mucho que no se puede amar a Dios si no se ama al prójimo, y es verdad; pero lo que no se dice es que se puede amar al prójimo y no amar a Dios, y también es verdad. ¿Y de qué le sirve a uno amar al prójimo si no ama a Dios? ¿Se podrá arreglar el mundo con sólo amar al prójimo, marginando a Dios?

Jesucristo nos enseña que lo primero es amar a Dios, y lo segundo amar al prójimo. No cambiemos los términos; no prescindamos de Dios, como los comunistas y las ONG ateas. Predican que su meta es ayudar a los más necesitados, y luego asesinan a los más desvalidos, como son los niños aun no nacidos.

CONVERSACIONES DE JESUCRISTO

1) Conversación con Nicodemo (Jn 3, 1-21)

Había un fariseo llamado Nicodemo, principal entre los judíos, que vino de noche a ver a Jesús y le dijo: Rabbí, sabemos que has venido de parte de Dios, como Maestro, porque nadie puede hacer los milagros que Tú haces, si no está Dios con él.

Jesús le respondió: “En verdad te digo: quien no naciere de arriba, no puede ver el reino de Dios”.

Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y volver a nacer?

Respondió Jesús: “En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos. Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te he dicho: Es preciso nacer de arriba. El viento sopla donde quiere, y se oye su ruido, pero no se sabe de dónde viene ni a dónde va; así es todo el que ha nacido del Espíritu”.

Nicodemo le preguntó: ¿Cómo puede hacerse eso?

Respondió Jesús: ¿Eres tú maestro en Israel y no lo sabes? En verdad, en verdad te digo que nosotros hablamos de lo que sabemos, y de lo que hemos visto damos testimonio; pero vosotros no recibís nuestro testimonio. Pues si hablándoos de cosas de la tierra no creéis, ¿cómo creeréis si os hablase de cosas celestiales? Nadie ha subido al cielo, sino Aquel que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo.

El gran amor de Dios a los hombres

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo el que crea en El tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que crea en El tenga vida eterna. Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El. El que cree en El no se condena; el que no cree, ya está condenado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.

Y esta es la condenación: que la luz ha venido al mundo, y los hombres han amado más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que hace el mal, odia la luz, y no se acerca a la luz para que sus obras no sean reprobadas. Pero el que obra la verdad, viene a la luz, para que se vean sus obras, pues están hechas en Dios.

2) Conversación con la Samaritana (Jn 4, 5-42).

Llegó Jesús cerca de una ciudad de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: “Dame de beber”.

Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.

Le dice la mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy samaritana? (Y es que los judíos no se trataban con los samaritanos).

Jesús le contestó: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, le pedirías tú y él te daría agua viva”.

Ella le dijo: Señor, no tienes con qué sacar el agua, y el pozo es hondo; ¿de dónde tienes el agua viva? ¿Eres tú más que nuestro padre

Jacob, que nos dio el pozo y de él bebieron él, sus hijos y sus ganados?

Jesús le respondió: Todo el que bebe de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed, porque el agua que yo le diere, se hará en él un manantial que brote hasta la vida eterna.

La mujer le dijo: Señor dame de esa agua para que no tenga sed jamás ni venga aquí a sacar agua.

Jesús le dijo: Anda, llama a tu marido y vuelve acá.

Respondió la mujer: No tengo marido.

Jesús le dijo: Bien has dicho: “No tengo marido”, porque ya has tenido cinco, y el que ahora tienes, tampoco es tu marido; en esto has dicho verdad.

Le dijo la mujer: Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que es en Jerusalén el sitio donde hay que adorar.

Jesús le dijo: Créeme, mujer, que llega la hora cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero

viene la hora, y ya ha llegado, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu y los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarle.

La mujer le respondió: Se que está para llegar el Mesías (el llamado Cristo); cuando El venga nos instruirá en todo.

Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo...

SERMONES

1) Las Bienaventuranzas (Mt. 5, 1-12)

Viendo la muchedumbre, subió a un monte, y cuando se hubo sentado, se le acercaron los discípulos, y abriendo El su boca, les enseñaba, diciendo:

Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos; porque de ellos se tendrá misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón; porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos; porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; (o por ser justos), porque suyo es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan, y dijeren con mentira todo género de mal contra vosotros por causa mía. Alegraos

y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros.

Lc 6, 24 Pero hay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo

¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre!

¡Ay de vosotros los que ahora reis, porque gemiréis y lloraréis!

¡Ay de vosotros cuando los hombres os alaben, porque así hacían sus pradres con los falsos profetas!

2) Vosotros sois la sal de la tierra (Mt. 5, 13-16).

Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no vale para nada, sino para que arrojada fuera, la pisen los hombres.

Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad asentada sobre un monte; ni se enciende una lámpara para ponerla bajo un celemín, sino en el candelero, para que alumbre a cuantos hay en casa. Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

3) Jesús perfecciona la ley antigua (Mt. 5, 17-20)

No penséis que he venido a abolir la ley y los Profetas; no he venido a abolirla sino a perfeccionarla. Porque en verdad os digo que antes desaparecerán el cielo y la tierra, que una jota o una tilde de la Ley quede sin cumplirse. Por tanto, quien quebrantare el más pequeño de los mandamientos, y enseñare así a los hombres, será tenido por el menor en el reino de los cielos; mas quien los cumpliera y enseñare, será grande en el reino de los cielos. Porque os digo que, si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

4) Declaración del quinto mandamiento (Mt. 5, 21-26).

Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás; pues el que matare será reo de juicio”. Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio; y el que le dijere “raca”, será reo ante el sanedrín, y el que le dijere “loco”, será reo de la gehenna del fuego.

Por tanto, si vas a presentar una ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu her-

mano tiene alguna queja contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y corre primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.

Muéstrate conciliador con tu adversario mientras vas con él por el camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último céntimo.

5) Declaración del sexto mandamiento (Mt 5, 27-32).

Oísteis que se dijo: “No cometerás adulterio”. Mas yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón.

Por tanto, si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de tí; porque más te vale que se pierda uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno (1).

(1) Estas expresiones de Jesús son hiperbólicas, con lo que nos quiere decir que en casos de hallarnos en grave peligro de pecar, hemos de romper con la ocasión peligrosa aunque se trate de personas o cosas tan imprescindibles para nosotros como los miembros más importantes de nuestro cuerpo.

También se ha dicho: “El que repudie a su mujer, entréguele documento del divorcio”. Pero yo os digo que todo aquel que repudia a su mujer -excepto en caso de fornicación- la expone a ser adúltera, y el que se casa con la divorciada, también comete adulterio.

6) Declaración del segundo mandamiento (Mt 5, 33-37).

También oísteis que se dijo a los antiguos: “No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos”. Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera: ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey; ni por tu cabeza jurarás, porque ninguno de tus cabellos puedes volver blanco o negro. Sea, pues, vuestro decir: Sí, si; no, no; lo que pasa de esto, del malvado proviene.

7) Declaración de la Ley del talión (Mt. 5, 38-42; Lc. 6, 29-30)

Oísteis que se dijo: “Ojo por ojo y diente por diente”. Pero yo os digo a vosotros que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian...

No resistáis al mal; si alguno te abofetea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra; y al que quiera pleitar contigo y quitarte la túnica, déjale también el manto; y a quien te forzare a servirle por espacio de una milla, anda con él dos. A quien te pidiere, dale, y a quien quiera de tí tomar prestado, no le vuelvas el rostro; y al que te quitare lo tuyo, no se lo reclames.

8) El amor a los enemigos (Mt. 5, 43-48; Lc. 6, 31-36).

Oísteis que se dijo: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo” Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos y pecadores. Pues si solamente amáis a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen eso también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles?... Y si solamente prestáis a aquellos de los que esperáis recibir, ¿qué mérito podéis tener? También los pecadores prestan a los pecadores para cobrarles lo prestado.

Vosotros amad a vuestros enemigos; haced bien y dad prestado sin esperar nada. Así tendréis abundante recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque El también es bondadoso con los desagradecidos y malos. Sed misericordiosos como es misericordioso vuestro Padre. Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

9) Rectitud de intención (Mt. 6, 1-18)

Estad atentos a no practicar vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos.

Cuando hagas, pues, limosna, no vayas tocando la trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

Por tanto, cuando tu hagas limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto, te lo pagará.

Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para ser vistos

de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Mas tu cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta, y ora a tu Padre que está en lo escondido, y tu Padre que ve en lo secreto, te premiará.

Y cuando oréis, no seáis muy habladores como los gentiles, que creen que por el mucho hablar habrán de ser oídos. No os asemejéis, pues, a ellos, porque vuestro padre sabe todo lo que necesitáis antes de que vosotros se lo pidáis. Vosotros, pues, habéis de orar así:

“Padre nuestro, que estás en los cielos,
Santificado sea tu nombre;
Venga tu reino.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo;

Danos hoy nuestro pan sobresustancial,
Y perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quienes nos afenden; y no nos pongas en tentación; mas líbranos del Malo.

Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestros pecados.

Y cuando ayunéis no aparezcáis tristes, como los hipócritas, que demudan su rostro

para que los hombres vean que ayunan. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

Tú, cuando ayunes, unge la cabeza y lava tu cara, para que no se note que ayunas... y tu Padre que ve lo secreto, te recompensará.

10) Avaricia del rico insensato (Lc. 12, 13-21)

Uno de la multitud le dijo: ¡Maestro! Di a mi hermano que reparta conmigo la herencia.

El le respondió: ¡Hombre! ¿Quién me ha nombrado a mí juez o particionero vuestro? Luego les dijo: Mirad, guardaos de la avaricia, porque aunque uno tenga mucho, no está la vida en las riquezas.

Entonces les dijo una parábola: Había un hombre rico, a quien le dieron gran cosecha sus tierras, y discurriendo decía para sí: ¿Qué haré, porque no tengo dónde almacenar mi cosecha? Y dijo: Voy a hacer esto: derribaré mis graneros, levantaré otros mayores, juntaré en ellos toda la cosecha y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, ya tienes bienes almacenados para muchos años: descansa, come, bebe y pásalo bien. Pero Dios le dijo: ¡Necio! Esta misma noche te pedirán el alma, y ¿para quien

será todo lo que has preparado? ¡Eso mismo acontecerá a todo el que amontona tesoros para sí y no se hace rico ante Dios!

11) Atesorad para el cielo (Mt. 6, 19-34; Lc. 12, 22-32).

No amontonéis riquezas en la tierra, donde la polilla y la herrumbre las destruyen, y donde los ladrones las desentierran y roban; sino atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde la polilla y la herrumbre no los destruyen, ni los ladrones las desentierran y roban; porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón...

Vended lo que tenéis y dadlo en limosna. Haced bolsas que no se gastan con el tiempo, un tesoro inagotable en los cielos, adonde no alcanzan los ladrones ni los destruyen la polilla: porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón...

Nadie puede servir a dos señores: porque amará al uno y odiará al otro, o seguirá al uno y despreciará al otro. No podeis servir a Dios y a las riquezas.

Por eso os digo: No os preocupéis por vuestra vida, sobre qué comeréis; ni por vuestro cuerpo, sobre qué vestiréis. ¿Acaso no vale la

vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?

Mirad las aves del cielo, que no siembran ni cosechan, ni reúnen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Acaso no valéis vosotros más que ellas? Pues ¿quién de vosotros con sus preocupaciones es capaz de alargar un sólo codo a su estatura? Pues si ni siquiera podeis lo más pequeño, ¿por qué os preocupáis de las demás cosas?

Y respecto al vestido, ¿por qué os preocupáis? Observad los lirios del campo, como crecen; no se fatigan ni hilan. Pues os aseguro que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos.

Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?

No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos, o qué vestiremos? Esas son cosas por las que se afanan los paganos y gentes del mundo: no así vosotros que vuestro Padre del cielo sabe que todo eso necesitáis.

Vosotros buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.

No os preocupéis, pues, por el día de mañana; pues el mañana se preocupará de sí mismo. Bástale a cada día su trabajo.

12) Juicios temerarios (Mt 7, 1-12; Mc. 4, 24; Lc. 6, 37-42).

No juzguéis y no seréis juzgados, porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados, y con la misma medida con que midiereis a los demás, se os medirá a vosotros.

¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? O ¿cómo osas decir a tu hermano: Deja que te quite la paja del ojo, teniendo tú una viga en el tuyo? Hipócrita; quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás bien para quitar la paja del ojo de tu hermano...

Prestad atención a lo que oís: con la misma medida con que midiereis a los demás, se os medirá a vosotros, y todavía se os añadirá...

No condenéis y no seréis condenados: Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará. Una medida buena, apretada, colmada, rebotante será derramada en vuestro seno; porque con la misma medida con que midiereis a los demás se os medirá a vosotros...

Por eso: todo cuanto quisiéreis que os hagan a vosotros los demás, hacédselo vosotros a ellos, porque esta es la Ley y los Profetas...

13) Dar limosna (Lc. 12, 33-34)

Vended lo que tenéis y dadlo en limosna. Hacedos bolsas que no se gastan con el tiempo, un tesoro inagotable en el cielo, donde no alcanzan los ladrones, ni la polilla lo destruye, porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

14) Estad alerta (Lc. 12, 35-39)

Tened los lomos ceñidos y encendidas las lámparas, como hombre que espera el regreso de su señor del banquete de bodas, para que, al llegar él y llamar, puedan abrirle al instante.

¡Dichosos los siervos a quienes el señor, al volver, los hallase velando! En verdad os digo, él se ceñirá, los hará poner a la mesa y se pondrá a servirles. Y cuando venga a la segunda o tercera vigilia de la noche, si los hallare así, ¡dichosos ellos!

Sabed también esto, que si el amo de casa supiera a qué hora había de venir el ladrón, no dejaría que le escalaran la casa.

Vosotros, pues, estad preparados, porque, a la hora que menos lo penséis, vendrá el Hijo del hombre.

Pedro le dijo: ¡Señor! Esta parábola ¿la dices para nosotros sólo, o es para todos?

El Señor respondió: ¿Quién será el mayordomo fiel y prudente, al que pueda poner el amo al frente de su servidumbre, para que le dé la ración de trigo a su debido tiempo?

¡Dichoso el siervo a quien su señor, al llegar, lo hallare portándose así! Os aseguro que lo pondrá al frente de toda su hacienda.

Pero si dijere el siervo para sí: Mi señor tarda en venir, y se pusiere a golpear a los criados y a las criadas, a comer y a beber hasta embriagarse, llegará su señor en el día y hora en que menos lo espera, le castigará duramente y lo pondrá con los infieles.

El siervo que sabe cual es la voluntad de su señor, y no se comporta y obra como él quería, recibirá muchos azotes. Mas el que no la conoció, si hizo alguna cosa que merecía azotes, recibirá menos. Porque, a quien mucho se le dio, mucho se le exigirá, y a quien mucho se le ha confiado, mucho más se le ha de pedir.

15) Necesidad de la abnegación (Mt 16, 24-27; Mc 8, 34-38; Lc. 9, 23)

Entonces dijo Jesús a todas las gentes junto con sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por causa mía y por el Evangelio, la salvará.

Porque, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? O ¿qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?

Porque quien se avergonzare de Mí y de mis palabras, delante de esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en su gloria y la del Padre con los santos ángeles...

Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras...

16) Los dos caminos (Mt 7,13-14; Lc. 13, 23-30).

Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que en-

tran por ella. ¡Qué estrecha es la puerta y trabajoso el camino que lleva a la vida, y qué pocos son los que lo encuentran!...

Uno le preguntó: Señor ¿son pocos los que se salvan?

Y El le dijo: Luchad para entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos pretenderán entrar y no podrán.

Después que el dueño de la casa se levante para cerrar la puerta, vosotros, los que estéis fuera, comenzaréis a golpearla, diciendo: Señor, ábrenos. Pero él os contestará: No sé de dónde sois. Entonces comenzaréis a decir: Comimos y bebimos contigo, y tú enseñaste en nuestras plazas. Pero contestará: Os aseguro que no sé de dónde sois: alejaos de Mi todos los obradores de iniquidad. Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera.

Vendrán del Oriente y del Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Y los últimos, serán los primeros, y los primeros los últimos.

17) El escándalo (Mt 18,6-9; Mc 9,43-49; Lc. 17,1-2)

Al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en Mí, más le valiera que le colgasen al cuello una gran piedra de molino, de las que mueven los asnos, y le arrojasen al fondo del mar.

No se puede evitar que ocurran escándalos; pero ¡ay de aquel que los dé! Más le valiera que le atasen al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeños.

Por tanto, si tu mano te escandaliza, córtatela. Mas te vale entrar manco en la vida, que, teniendo las dos manos ir a la gehenna, al fuego inextinguible, donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga. Si tu pie te escandaliza, córtatelo. Más te vale entrar cojo en la vida, que teniendo los dos pies, ser arrojado a la gehenna, donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga.

Si tu ojo te escandaliza, sácatelo. Más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que con ambos ojos ser arrojado en la gehenna, donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga...

Ya hemos dicho que estas palabras son simbólicas, y que Dios no quiere que nos mutilemos, como alguno pudiera pensar.

18) La salvación de los pequeños (Mt 18,10-14).

Mirad no despreciéis a uno de estos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo en el cielo el rostro de mi Padre que está en los cielos.

Pues el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido.

¿Qué os parece? Si uno tiene cien ovejas y se le extravía una, no dejará en el monte las noventa y nueve e irá en busca de la extraviada? Y si logra hallarla, cierto que se alegrará por ella más que por las noventa y nueve que no se le habían extraviado.

Así es voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que no se pierda ni uno sólo de estos pequeñuelos.

19) Revelación del Padre a los pequeños. (Mt 11,25,30; Lc 10,21-24)

En aquella hora lleno de gozo Jesús en el Espíritu Santo, dijo: "Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido ocultas estas cosas a los sabios y entendidos, y las manifestaste a los pequeñuelos. Si, Padre, porque así fue tu voluntad.

Todo lo he recibido de mi Padre, y nadie conoce quien es el Hijo, sino el Padre, y quien es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien quisiera el Hijo revelárselo".

Luego vuelto a sus discípulos, les dijo a solas: ¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron.

20) El primero y principal de los mandamientos (Mt. 22, 36-40; Mc. 12, 28-32)

Le dijeron: Maestro, cuál es el mandamiento mayor de la Ley?Cuál es el primero de todos los mandamientos?

Respondió Jesús: El primero es: Escucha Israel; El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primero de todos los mandamientos. El segundo, semejante a éste, es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos. De estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas.

21) La corrección y el perdón fraterno (Mt. 18, 15-22; Mc. 9, 49-50).

Si tu hermano pecare contra tí, repréndele a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo a uno o dos testigos, para que por la palabra de dos o tres testigos sea fallado todo el asunto.

Si no les hace caso, habla a la Iglesia, y si desobedeciera a la Iglesia, sea para tí como pagano o publicano.

En verdad os digo que todo lo que atareis sobre la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desatareis sobre la tierra, quedará desatado en los cielos.

Os digo, además, que si dos de vosotros convinieseis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os la otorgará mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos.

Entonces acercándose Pedro, le dijo: Señor si mi hermano peca contra mí, cuántas veces he de perdonarle? Hasta siete veces?

Le dice Jesús: No te digo Yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

22) Eficacia de la fe (Mt. 21, 21-22; Mc. 11, 22-24; Lc. 17, 5-6).

Los apóstoles, dijeron al Señor: "Auméntanos la fe".

Contestó el Señor: "Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a ese árbol: Arráncate y trasplántate al mar, y os obedecerá...

Tened fe en Dios! En verdad os digo que quien dijere a este monte: "Arráncate y échate al mar", si no duda en su corazón y cree que se hará lo que dice, así se hará. Por eso os digo: cuando oréis, creed que recibiréis, y obtendréis lo que pidieréis.

LAS PARÁBOLAS

1) El sembrador (Mt. 13, 1-9; Mc. 4, 1-9; Lc. 8, 4-8)

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar, y se le reunieron muchas gentes, de modo que tuvo que entrar en una barca y sentarse, y la gente se colocó en la playa. Les habló entonces de muchas cosas en parábolas, diciéndoles:

Mirad, salió un sembrador a sembrar, y al sembrar, unas semillas cayeron junto al camino; vinieron las aves y se las comieron. Otras cayeron sobre pedregales, donde no tenían mucha tierra, y al punto brotaron, por no tener profundidad la tierra, mas cuando salió el sol se abasaron y, por no tener raíz, se secaron. Otras cayeron entre espinas, las cuales crecieron y la ahogaron. Pero otras cayeron en tierra buena, y dieron fruto; la una, ciento; la otra sesenta; la otra treinta. Quien tenga oídos, que oiga.

a) Razón de las parábolas (Mt. 13, 10-17; Mc. 4, 10-12; Lc 8, 9-10).

Se le acercaron después los discípulos y le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Les

contestó: A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos; pero a ellos no. Porque al que tiene se le dará más y abundará y al que no tiene, aun aquello poco que tiene, se le quitará.

Por esto les hablo en parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden, y se cumple la profecía de Isaías, que dice:

"Cierto, oiréis y no entenderéis, veréis y no conoceréis; porque se ha endurecido el corazón de este pueblo, y se han hecho duros de oídos, y han cerrado sus ojos para no ver con sus ojos ni oír con sus oídos, y para no entender en su corazón y convertirse, que yo los curaría " (Is 6, 9 -10).

¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron.

Explicación de la parábola (Mt 13, 18-23; Mc 4, 13-20; Lc 8,11-15).

Oid, pues, vosotros la parábola del sembrador: A quien oye la palabra del reino y no la entiende, viene el Maligno y le arrebató lo que se había sembrado en su corazón: eso es

lo sembrado junto al camino. Lo sembrado en terreno pedregoso es el que oye la palabra y la recibe con alegría, pero no tiene raíces en sí mismo, sino que es voluble, y en cuanto se levanta una tormenta o persecución a causa de la palabra, al instante se escandaliza.

Lo sembrado entre espinas es el que oye la palabra, pero los cuidados del siglo y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y queda sin dar fruto. Lo sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y da fruto, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.

2) Parábola de la cizaña (Mt.13, 24-30).

El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo, sembró cizaña sobre el trigo y se fue. Mas cuando creció la hierba y dió fruto, entonces apareció también la cizaña.

Acercándose los criados al amo, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde viene, pues, que haya cizaña? y él les contestó: Eso es obra de un enemigo. Le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos?. Y les dijo: No, no sea que al

querer arrancar la cizaña, arranquéis con ella también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega; y al tiempo de la siega diré a los segadores: " Recoged primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, y el trigo juntadlo en mi granero".

Explicación de la parábola (Mt.13,36-43).

Entonces, dejando la muchedumbre, se vino a casa, y sus discípulos se le acercaron, diciéndole: Explicanos la parábola de la cizaña del campo.

Respondió: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre, el campo es el mundo; la buena semilla, los hijos del reino; la cizaña, los hijos del maligno; el enemigo que siembra es el diablo; la siega es el fin del mundo, y los segadores, los ángeles.

Como se recoge la cizaña y se la quema al fuego, así será al fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, que recogerán de su reino a todos los escandalosos y a todos los que cometen la iniquidad, y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. Quien tenga oídos, que oiga.

3) El tesoro escondido y la perla preciosa (Mt. 13, 44-6)

El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que quien lo encuentra lo oculta y, lleno de alegría, va, vende cuanto tiene y compra aquel campo.

También es semejante el reino de los cielos a un mercader que busca perlas preciosas, y hallando una de gran precio, va, y vendiendo todo lo que tiene, la compra.

4) La red (Mt 13, 47-50)

Es también semejante el reino de los cielos a una red echada en el mar, y que recoge peces de todo género; la cual, cuando está llena, la sacan a la orilla, y sentándose, recogen los peces buenos en canastos, y los malos los tiran.

Así será el fin del mundo: saldrán los ángeles, y separarán a los malos de en medio de los justos, y los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes...

5) El siervo cruel (Mt 18, 23-35)

El reino de los cielos se parece a un rey que quiso tomar cuentas a sus siervos. Al empezar a tomarlas se le presentó uno que le debía diez mil talentos.

Como no tenía con que pagar, mandó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía para saldar la deuda.

Entonces el siervo, cayendo de hinojos, dijo: "Señor, ten paciencia conmigo y todo te lo pagaré".

Movido a compasión de aquel siervo, el señor le soltó y le perdonó la deuda.

Pero al salir aquel siervo, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y, agarrándole, le ahogaba, diciendo: "Págame cuanto me debes". Y cayendo a sus pies, el compañero le suplicaba diciendo: "Concédeme un plazo y te pagaré". Pero él se negó y le hizo encerrar en la prisión hasta que pagara la deuda.

Al ver sus compañeros lo que había pasado, se disgustaron mucho y fueron a contarle al señor todo lo sucedido.

El señor entonces lo mandó llamar y le dijo: "¡Siervo malvado! Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No deberías tu haberte compadecido de tu compañero como yo me compadecí de ti?

E irritado, le entregó a los torturadores hasta que pagase toda la deuda.

Así hará con vosotros mi Padre celestial, si cada uno no perdona de corazón a su hermano.

6) El amigo importuno (Mt 11, 5-15)

Les dijo: Si alguno de vosotros tuviere un amigo y viniere a él a media noche y le dijera: Amigo, préstame tres panes, pues un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo qué darle. Y él respondiendo desde dentro, le dijese: No me molestes, la puerta está ya cerrada, y mis hijos están como yo en la cama; no puedo levantarme a dártelos.

Yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, almenos se levantará por su importunidad y le dará cuanto necesite.

Pues Yo os digo: Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla, y al que llama se le abre.

¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una culebra? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial, que está en el cielo, dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?

7) El juez inicuo (Lc. 18, 1-8).

Y les propuso esta parábola para decirles que es necesario orar en todo tiempo y no desfallecer, diciendo:

Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Y había en la misma ciudad una viuda que iba continuamente a él y le decía: ¡hadme justicia contra mi adversario! Pero él, durante mucho tiempo no le hizo caso; pero luego se dijo para sí: Aunque, a la verdad, yo no tengo temor de Dios ni respeto a los hombres, sin embargo, por lo que me cansa esta viuda, le haré justicia, para que no acabe pegándome en la cara.

Y dijo el Señor: Fijaos lo que dice el juez injusto. Y Dios ¿no habrá de hacer justicia a sus elegidos, que claman a Él día y noche, aun cuando los haga esperar? Os digo que les hará justicia prontamente. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?

8) El fariseo y el publicano (Lc. 18, 9-14)

Dijo también esta parábola a algunos que confiaban mucho en sí mismos, teniéndose por justos, y despreciaban a los demás:

Dos hombres subieron al templo a orar, el uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo, en

pie, oraba para sí de esta manera: ¡Oh Dios! Te doy gracias de que no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, y pago el diezmo de todo lo que poseo.

El publicano, por su parte, puesto allá lejos, ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios! ¡Ten piedad de mí, pecador!

Os digo que éste bajó justificado a su casa, y no el otro, porque todo el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.

9) La oveja perdida (Mt 18, 12-14; Lc. 15, 4-7).

¿Qué os parece? Si uno tiene cien ovejas y se le extravía una, ¿no dejará las noventa y nueve e irá en busca de la extraviada? Y si logra encontrarla, cierto que se alegrará por ella más que por las noventa y nueve que no se le habían extraviado... Y al encontrarla la echa sobre los hombros gozoso, y al llegar a casa, llama a los amigos y vecinos y les dice: ¡Alegraos conmigo, porque hallé la oveja que se me había perdido!

Así os digo que habrá en el cielo más alegría por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de arrepentimiento.

10) La dracma perdida (Lc. 15, 8-10).

O ¿qué mujer que tenga cien monedas, si se le pierde una, no enciende una luz y barre la casa buscando con todo cuidado hasta que la encuentra? Y al encontrarla, llama a las amigas y vecinas y les dice: ¡Alegraos conmigo, porque hallé la moneda que había perdido! Así os digo, que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia.

11) El hijo pródigo (Lc. 15,11- 32)

Y añadió: Un hombre tenía dos hijos, y el más joven dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y él repartió entre ellos sus bienes.

No muchos días después, el más joven juntó todo lo suyo, partió para lejanas tierras, y allí disipó toda su fortuna, viviendo disolutamente. Después de haberlo consumido todo, sobrevino una fuerte hambre sobre toda aquella tierra, y comenzó a pasar necesidad.

Entonces fue y se puso al servicio de uno de los naturales de aquel país, el cual lo mandó a su campo a apacentar cerdos, y ansiaba llenar su estómago con las algarrobas que comían los puercos; pero nadie se las daba.

Vuelto en sí, se dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, mientras que yo me muero aquí de hambre! Me levantaré: iré a mi padre y le diré: ¡Padre, pequé contra el cielo y contra tí! Ya no merezco ser llamado hijo tuyo; trátame como uno de tus jornaleros. Y levantándose, se vino a su padre.

Todavía estaba lejos, cuando el padre le vió venir, el cual enternecido, corrió hacia él y le hechó los brazos al cuello y le colmó de besos.

Le dijo el hijo: ¡Padre, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no merezco ser llamado hijo tuyo! Pero el padre ordenó a sus criados: ¡Pronto! ¡Sacad el mejor vestido y ponérselo! Y traed un anillo para su mano y calzado para sus pies. Además traed el ternero cebado, matadlo y comamos y alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha resucitado, estaba perdido, y ha sido hallado. Y comenzaron a celebrar la fiesta.

Sucedió que el hijo mayor estaba en el campo, y al volver, cuando se acercaba a la casa, oyó música y danzas. Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. El le contestó: Es que ha vuelto tu hermano, y tu padre, por haberlo recobrado sano, ha mandado matar el ternero cebado. Se enfadó y no

quería entrar. Salió el padre a llamarlo, pero él respondió a su padre: ¡Mira los años que llevo sirviéndote, sin haber dejado jamás de cumplir una orden tuya, y a mi jamás me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos! y ahora al venir este hijo tuyo, después de haber consumido lo suyo con malas mujeres, le matas el ternero cebado.

El padre le contestó: Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo; pero deberíamos hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado.

12) El administrador infiel (Lc. 16, 1-12)

Dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un administrador, el cual fue acusado de que le malgastaba los bienes. Entonces le llamó y le dijo: ¿Qué es esto que me dicen de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir de mayordomo.

El administrador dijo entonces para sí: ¿Qué voy a hacer ahora, pues mi amo me quita la administración? Cavar no puedo; el mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando cese en la administración, me

reciban los demás en sus casas. Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: Cuánto debes a mi señor? El le respondió: Cien cántaros de aceite. Le dijo: Toma tu recibo: siéntate en seguida y escribe cincuenta. Luego dijo al otro: ¿Cuánto debes tú? Respondió: Cien fanegas de trigo. Entonces le dijo: Aquí tienes tu recibo, escribe ochenta.

El amo alabó al mal administrador, por haber obrado astutamente; pues los hijos de este mundo, son en sus asuntos más sagaces que los hijos de la luz. Por lo cual Yo os digo: ganaos amigos con las riquezas injustas, para que, cuando os falten, os reciban en las moradas eternas.

El que es fiel en lo poco, es también fiel en lo mucho y el injusto en lo poco, también es injusto en lo mucho. Si pues en la riqueza injusta no fuisteis fieles, ¿quién os confiará la verdadera? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, quien os dará lo vuestro?

13) El rico epulón y el pobre Lázaro (Lc 16, 19-31)

Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino finísimo, y banqueteaba todos los días espléndidamente. Había también un po-

bre, llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta del rico, cubierto de llagas, y deseaba saciarse con lo que caía de la mesa del rico; hasta los perros venían a lamerle las úlceras.

Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; murió también el rico y fué sepultado.

En el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vió de lejos a Abraham y a Lázaro en su seno. Y exclamó: ¡Padre Abraham, ten compasión de mí y manda a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua, y me refresque la lengua, porque sufro mucho en estas llamas.

Abraham le contestó: Hijo, acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males, por lo que él está aquí ahora consolado y tú eres atormentado. Además, entre nosotros y vosotros se abre un gran abismo, de modo que los que quieran, no pueden cruzar de aquí a vosotros, ni pasar nadie de ahí a nosotros.

Respondió: Te ruego entonces, padre, que le mandes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les diga la verdad y no vengan también ellos a este lugar de tormento.

Abraham le contestó: Ya tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen. Pero él respondió: No, padre Abraham; si, en cambio, fuese a ellos uno de entre los muertos, se arrepentirían. El le dijo: Si no escuchan a Moisés ni a los profetas, no harán caso ni aunque un muerto resucite.

14) Los invitados a la boda (Mt 22,1-14)

Jesús de nuevo les habló en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que preparó el banquete de bodas de su hijo. Envío a sus criados a llamar a los invitados a las bodas, pero estos no quisieron venir.

De nuevo envió a otros siervos, ordenándoles: Decid a los invitados: Mirad que mi banquete le tengo preparado; mis terneros y animales cebados ya los tengo sacrificados, y todo está a punto. Venid a las bodas. Pero ellos desdeñosos, no hicieron caso y se fueron, el uno a su campo, el otro a sus negocios. Otros, agarrando a los siervos, los ultrajaron y les dieron muerte. El rey se encolerizó, y, enviando su ejército, acabó con aquellos asesinos, y prendió fuego a su ciudad.

Después dijo a sus siervos: El banquete de bodas está preparado; pero los que estaban